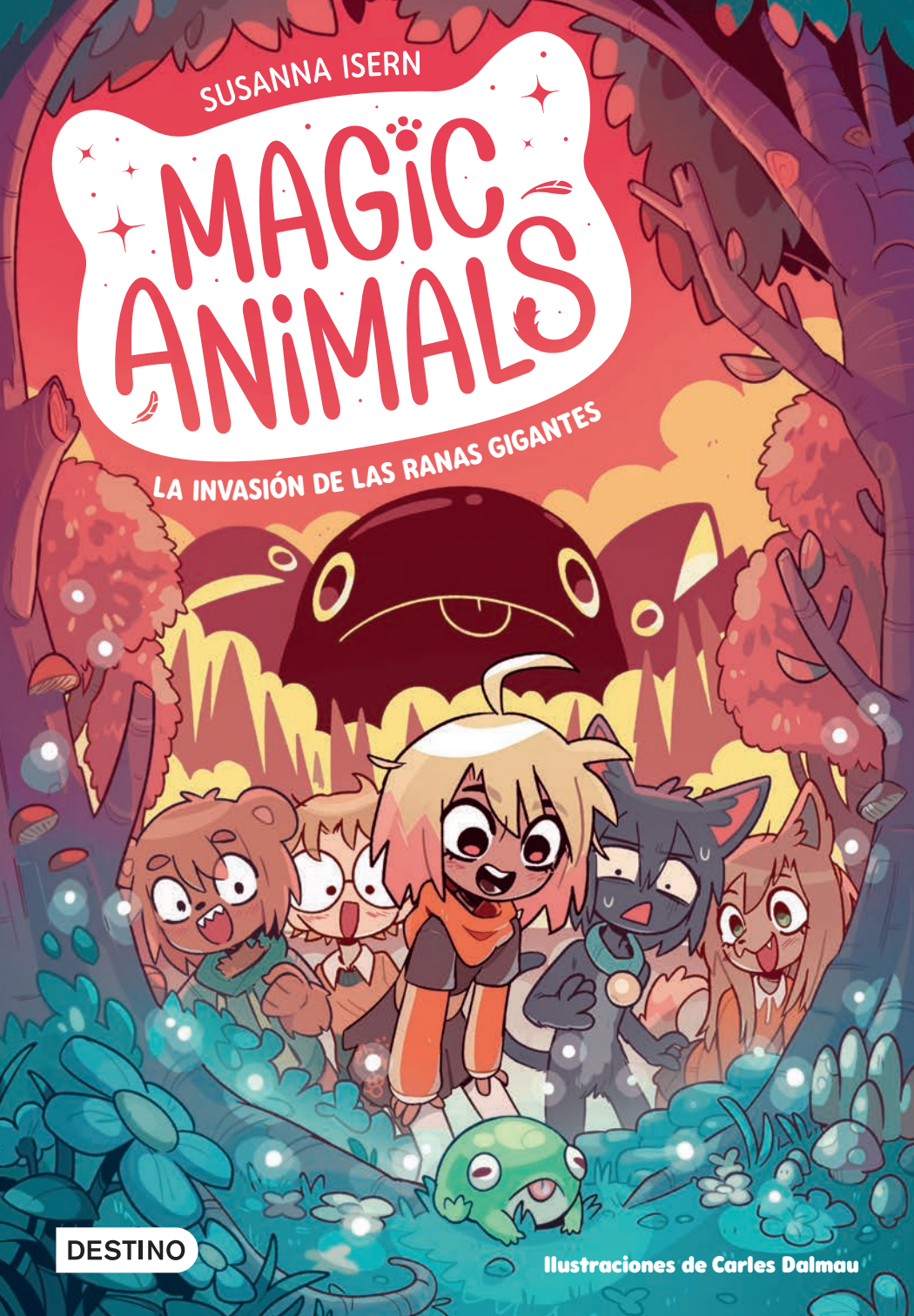


SUSANNA ISERN

MAGIC ANIMALS

LA INVASIÓN DE LAS RANAS GIGANTES



DESTINO

Ilustraciones de Carles Dalmau

SUSANNA ISERN

MAGIC ANIMALS

LA INVASIÓN DE LAS RANAS GIGANTES

Ilustraciones de Carles Dalmau



DESTINO





Me llamo Abi, Abi Bird. Como todos los pájaros, nací rompiendo un huevo. Pero la noche del trueno eterno me convertí en niña y más tarde, gracias al poder del amuleto, en Magic Animal. Por si aún no lo sabes, ser Magic Animal significa ser mitad humano, mitad animal y poseer unos poderes extraordinarios. Así que ahora puedo ser lo que yo quiera: niña, animal

o una mezcla de ambos. ¿No es asombroso? Mis amigos son Éric Grizzly, Cloe Cat, Yuna Wolf y Nico Salamander, que también son mágicos. Nos fuimos a vivir con Silvana a la Casa de los Animales Perdidos, ella es la única humana que conoce nuestro secreto.

Reconozco que a veces echo de menos mi antigua vida de pájaro. Ya sabes, volar, piar, cantar y poco más. No es que esto de ser niña no me guste, está genial. Sobre todo cuando Silvana prepara bizcocho de canela y chocolate caliente, ¡menuda delicia! Antes solo comía semillas y algún que otro bichillo (vivito y pataleando, por cierto). Pero cuando de repente te encuentras atrapada en una baba gigante, apestosa y pegajosa, entonces sí, desearía regresar a mis días tranquilos de ave. ¿Soy una exagerada? Pues





espera a saber la que se lio en el valle de Blim con las ranas, los renacuajos y el sapo.

Todo empezó una tarde normal (o eso parecía). Como de costumbre, Silvana nos daba clases de humano. Sí, has leído bien. Ella nos enseñaba a comportarnos como personitas. Como imaginarás, eso no era algo sencillo para unas criaturas como nosotros.



—Veamos —dijo Silvana—, supongamos que estáis en la calle y que os encontráis con una anciana ciega que ha perdido la correa de su perro. ¿Cómo actuaríais?

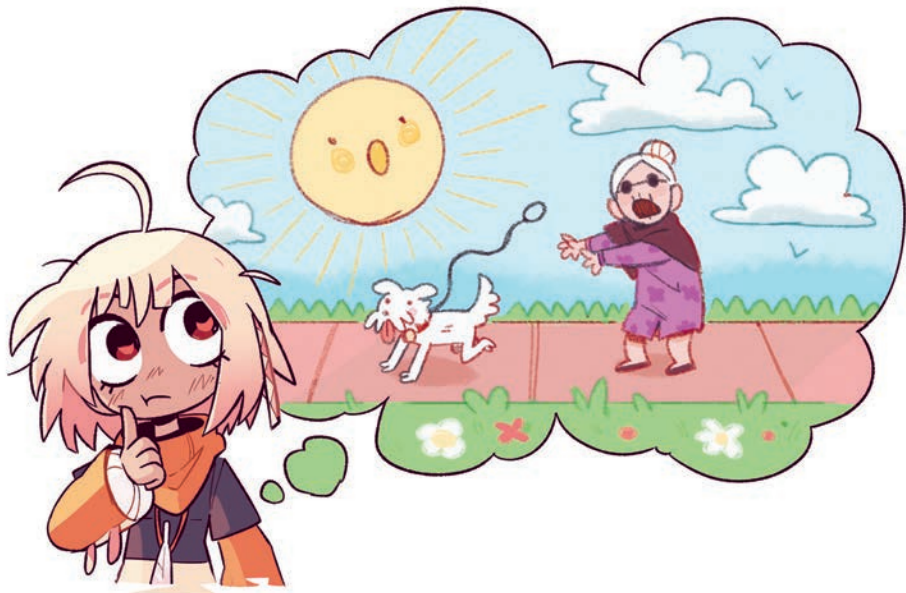
—Uy, con esa fiera suelta yo saldría corriendo —contestó Nico sin dudar—. A algunos perros les gusta comer salamandras. ¡Prefiero no arriesgarme!

—Pues yo lo tengo claro —dijo Yuna—. Los perros se creen superiores a los lobos. ¡Y de eso, nada! Haría pis en los árboles y las farolas para marcar territorio, ¡que se enteren de quién manda en el pueblo!

—Yo pegaría mi cara a la suya —explicó Éric— y le rugiría muy fuerte enseñándole los colmillos. Si es listo, huirá muy lejos.

—¡No tenéis ni idea! —intervino Cloe—. Hay





que demostrarle quién es más veloz. Yo lo retaría a jugar al pillapilla. Os aseguro que, contra mí, un perrillo doméstico no tiene nada que hacer.

—Chicos... —titubeó Silvana—, no sé si habéis entendido la idea de este ejercicio. ¿Qué harías tú, Abi?

—Ellos se han centrado erróneamente en el perro —repuse—. La clave está en la anciana.

—¡Vas bien! —Silvana suspiró aliviada. No todo estaba perdido.

—Me acercaría a la anciana y le diría: «Has logrado despistar a la lapa peluda que te seguía, ¡aprovecha y escapa a la de ya!» —contesté.

Silvana quedó impresionada. Aunque, a juzgar por su cara, no para bien. Le había entrado tal sofoco que se abanicaba con el cuaderno.

—Será mejor que lo dejemos para otro día
—dijo resignada.





Yuna se levantó de un salto y abrió la ventana.

—Qué raro, hoy no se oye el canto de las ranas
—dijo moviendo ligeramente las orejas.

Las ranas vivían en el lago Cristal y, en aquella época, solían croar a todas horas. No es que estuvieran demasiado cerca, pero Yuna tenía un oído extraordinario y por las tardes se entretenía escuchando las conversaciones estrafalarias de los anfibios saltarines. Decía que eran muy graciosas.

—Estarán durmiendo la siesta —intervino Nico—. Las ranas también tienen derecho a descansar, ¿no?

Y no le dimos mayor importancia. Aún lo ignorábamos, pero en realidad ese repentino silencio sí que era extraño (y mucho).